

# Los guerreros de la hierba

Esteban Valentino

Ilustraciones de Eugenia Nobati

loqueleg

*A Susana, mi sola luz.*

“Hacia el siglo V de nuestra era, floreció cerca de lo que es hoy la ciudad de Puebla, en México, una cultura poderosa de agricultores cuyo principal centro ceremonial y urbano fue Teotihuacán. No hay en los primeros siglos indicios de una gran actividad militar, pero en los últimos sí se encuentran estatuillas y relieves que confirman un notorio incremento de las acciones armadas, posiblemente a causa de cierto expansionismo territorial. La ciudad llegó a contar con doscientos mil habitantes, lo que la convertía en esa época en la quinta ciudad del mundo. Sus construcciones fastuosas, como las pirámides del Sol y de la Luna, la volvieron el centro obligado de peregrinación de todos los pueblos de la zona. Su decadencia fue imprevista, alrededor del siglo VIII, por causas que aún se ignoran. Tal vez una invasión de tribus hostiles precipitó la caída de la ciudad. Lo cierto es que se la sometió a un fuego final, probablemente de características rituales, aunque estos últimos datos son por ahora conjeturas sin confirmación científica posible”.

*Enciclopedia del conocimiento,*  
México, 1987, págs. 374-376.

*Ya sabes que me llamo Xatl, ¿no?*

*Ahora soy viejo y esto que ves ya es para ti una costumbre. Soy tu abuelo y eso es todo lo que necesitas saber de mí para quererme. Pero no siempre fue así. No siempre fui así. Un tiempo hubo en que yo mismo era como tú ahora. Y tenía tus años. Y tenía, también, un abuelo.*

*Pero tenía, sobre todo, una ciudad.*

*Así que siéntate y escucha.*

*Te contaré de aquellos tiempos. De cuando yo era un niño.*

*Y también de cuando tuve que ser un guerrero.*

*El sol era grande sobre el cielo llevando un nuevo día y la ciudad avanzaba, como la mañana. Parado en la cima de la pirámide de la Luna podía dirigir la mirada hacia todos lados y recorrer los territorios que mandábamos. Decían los ancianos que nuestros dominios se agotaban mucho más allá de*

*lo que podían atravesar, corriendo, cuatro guerreros jóvenes en cuatro días. Yo no entendía de esas distancias pero mis pocos años me alcanzaban para saber que por esas lejanías se acabaría el mundo y empezarían tierras de soles oscuros y mares de arena. Así era: los teotihuacanos mandábamos y éramos los amos y teníamos el apoyo de Quetzalcóatl, nuestro dios.*

*Si en lugar de mirar hacia la llanura miraba a la ciudad veía a la gente que se movía entre las calles como hormigas en un hormiguero, entrando y saliendo de las casas, caminando por el mercado, comprando, vendiendo. Se decían de sus cosas y se hacían los saludos, aunque desde esas alturas no se oían porque, aunque la luna no era tan grande como el sol, tenía una distancia larga entre mis orejas allá arriba y las bocas de ellos allá abajo. Tampoco mis ojos llegaban hasta las caras pero la sabía a mi madre regateando en los puestos para comprar el maíz que ella cocinaba de tantas maneras diferentes. Pensar en su cocido me hacía llegar el hambre. Entonces empecé a bajar. Por allí andaba también mi abuelo hablando con sus amigos sobre sus tiempos que habían sido más lindos que estos que te cuento que eran tan malos. Estaba en los últimos escalones y vi de pronto algunos soldados de la ciudad que pasaban con sus lanzas y sus penachos emplumados de guerreros. Con mis amigos jugábamos siempre a la guerra*

*con palos que eran lanzas y enemigos y todas las cosas de la guerra. Ya sabíamos que nuestro ejército no jugaba, que combatía y que vencía en pocos días y que regresaba con alegrías en sus cantos y prisioneros en las sogas para los sacrificios que los sacerdotes hacían a Quetzalcóatl, el Poderoso. En esos días quería ser soldado, cuando el tiempo me trajera la edad.*

*Ya estaba a la misma altura que todos, o sea más abajo que todos, porque mi cabeza andaba por el medio de los demás. Empecé a dar vueltas buscando a mi abuelo, me distraje y una punta me pinchó en la cola, fuerte. Alcancé a darme vuelta pero terminé en dos brazos fuertes que me agarraron de la panza y que me pusieron sobre dos hombros como si fuera un costal de maíz. La voz me calló la protesta.*

*—¿Cómo pude atrapar así de descuidado a un guerrero tan poderoso? Grande será ahora mi gloria y me ascenderán a jefe.*

*—¡Caloc! —grité entre la risa de mi panza doblada. Era uno de los soldados de mi padre, que mandaba hombres en el ejército. Caloc era como mi hermano mayor y yo lo quería porque me dejaba tocar su lanza antes de cada combate y porque me paseaba sobre él ante mis amigos y porque simplemente lo quería. Así cargado me llevó hasta mi abuelo, que ya había terminado de contar a otros viejos lo*

*grande que había sido Teotihuacán cuando ellos no eran viejos.*

*—¿Alguien perdió a este soldado feroz?  
—preguntó Caloc.*

*—Sí, yo —dijo mi abuelo sonriendo—. La jefa del cuartel ya debe estar esperando con la comida lista y puede castigarnos si llegamos tarde.*

*Mi amigohermano me bajó hasta que mis pies se apoyaron de nuevo en el suelo. Me puso la lanza que había pinchado mi cola cerca de las manos.*

*—Estoy esperando —me habló.*

*Toqué la punta con los dedos y corrí con mi abuelo. Nos fuimos caminando despacito debajo del sol alto, que iluminaba y calentaba bien.*

*Yo era feliz y vivía en una ciudad fuerte.*

## CAPÍTULO 1

**P**oderosa se veía desde lejos la ciudad. Los viajeros llegaban desde todos lados para rendirle culto a Tlaloc y asegurar así lluvias que bendijeran las cosechas. Más de doscientas mil almas se apiñaban en el valle y no era poca la comida que se necesitaba para alimentarlas. Si el dios veía con malos ojos los sacrificios en su honor o eran horas de desencuentros entre él y su amada Chalchihuitlicue las aguas no llegarían y el pueblo sufriría. Pero en los últimos años no habían sucedido ninguna de las dos cosas y la gente que se acercaba a las moles de las pirámides del Sol y de la Luna lo hacía llenas de confiada reverencia.

Xatl dejó con su abuelo la zona del mercado. Los dos caminaron entre el enjambre de gente que iba y venía entre las casas y los centros ceremoniales para dirigirse hacia las residencias de los miembros del ejército, donde vivían. Ya varios metros antes de llegar se olían los aromas que acompañaban al legendario cocido de maíz de su



madre. Desde hacía bastante, cuando estaba arriba de la pirámide de la Luna, Xatl sufría los tirones del hambre y lo que sentía su nariz ayudaba a hacer más intensa esa sensación. El chico entró corriendo como un ventarrón y buscó de inmediato la cocina para calmar la urgencia que le nacía en el vientre. El anciano lo seguía sonriendo, disfrutando también de antemano los trabajos que tendría su alicaída dentadura en los próximos minutos.

Xatl estaba exigiendo a su madre que le diera un anticipo del cocido cuando una voz a sus espaldas le hizo detener su reclamo.

—¿Y desde cuándo en esta casa se nos permite a los hombres estas presiones de chacales hambrientos? —dijo la voz.

Xatl giró sobre sus talones y fue corriendo a sumergirse entre los brazos de la voz, que tenía forma de guerrero pero sobre todo forma de papá. El hombre levantó a su hijo como si fuera de viento y lo elevó por sobre sus propios ojos. Lo lanzó al aire y lo volvió a tomar para dejarlo suavemente en el piso. Era la segunda vez en el día que andaba navegando por manos adultas pero no lo lamentaba. La madre llamó a la mesa y todos se dispusieron en sus lugares. El padre agradeció los alimentos.

—Quetzalcóatl, somos parte de tu gloria. Esta comida te pertenece y si nos nutre será por tu grandeza.

Era el mensaje que esperaba Xatl para zambullirse sobre su plato. Empezó a contar su mañana.

—Hoy estuve sobre la pirámide de la Luna.

—Bueno, no es la primera vez —le recordó su madre.

—Sí, pero nunca había mirado para abajo como hoy. Parecemos hormigas dando vueltas en el jardín.

—Sí, y aquí veo una especialmente grande —dijo el abuelo riéndose.

—También estaba Caloc, que me dejó tocar su...

Pero no pudo terminar la frase. En el hueco de la puerta apareció precisamente el soldado que Xatl acababa de nombrar. Traía la cara llena de sombras y de alarma y de sobresaltos.

—Han llegado mensajeros desde los límites —informó—. Las noticias no son buenas. Hay desconocidos.

—¿Muchos? —preguntó el padre de Xatl, su jefe.

—Muchos —confirmó el muchacho.